

Lo hechos

de Guillermo Morón

La imaginación de los hombres es el alimento de los dioses; por ella se mantiene el equilibrio del universo y en ella el hombre encuentra su singularidad y la figura que lo hace igual a los otros hombres. En su horizonte brotan a la par la infamia y la belleza, extremos de lo humano, de los demasiado humano. Ella da fuerza para que el hombre levante el rostro desde el fondo de su abyección y mire al cielo.

Para encontrarla y hacerla brotar, el humano ser realiza el viaje de la vida que es el viaje hacia el interior de sí mismos a través de las aguas del lenguaje.

A los hombres y a los pueblos por su imaginario los conoceréis.

La historia de los pueblos no sólo es de sus guerras y héroes, sino también, y fundamentalmente, la historia universal de su imaginación cosida a las aturdidas horas de lo cotidiano. Cuando un pueblo logra hacer trascender su imaginario éste transforma en una imagen cósmica y dicese que muchas de las estrellas del cielo límpido y claro del corazón del universo, no son sino las luces del imaginario de los pueblos, ya eternizados de luz. La imaginación como imagen evaporada de la cultura, para decirlo con palabras de José Lezama Lima. Y los historiadores de ese imaginario no son sino poetas, y esa estirpe de los poetas que son los novelistas.

William Faulkner es el "historiador" de Yoknapatawpha como Juan Carlos Onetti lo es de Santa María Y Miguel Ángel Asturias lo es de Comala y Gabriel García Márquez de Macondo. Desde la atalaya de la creación, Salvador Garmendia es el historiador de Altagracia y José Balza del Delta. Guillermo Morón, el historiador de las batallas, y de los héroes, de los hechos y razones dignos de la serie-

dad del discurso histórico, decide un día entrar en la fiesta de la metamorfosis de la creación y a través de *Historias de Francisco y otras maravillas y Ciertos animales criollos, de El gallo de las espuelas de oro y Los Hechos de Zacarías*, hace de Carora, Cuicas y Arenales el espacio fundado por lo imaginario para que el hombre una vez más sea todos los hombres y viva el drama esencial de la vida: el de estar pegado a su soledad como el cuerpo a su sombra.

El hecho de que el geografía de los estados Lara y Trujillo haya poblaciones con esos mismo nombres y con el mismo rumor de pasiones y soledades, no se debe al zar, no, se debe una vez más, el Ávila es una descarada imitación de la pintura de Manuel Cabré, y que la vida de los hombres y de los pueblos será más digna cuando decidamos imitar nuestra propia imaginación.

En ese espacio fundado en el lenguaje, la metamorfosis y el bestiario son convocados para producir una crítica al poder a través de la fuerza de la ironía. La narrativa de Morón, es, como dice Elena Vera, paisaje, costumbre y personaje, pero atravesada por la ironía para nombrar una vez más el costumbrismo, el naturalismo, pero desde la herida abierta de la modernidad; para desde allí nombrar el poder y la soledad, tema central, si los hay, de la narrativa latinoamericana de las últimas décadas.

Seres los de esta narrativa pegados a su soledad como el cuerpo a su sombra. Y es la sexualidad sobre todo en ese díptico novelesco formado por *El gallo de las espuelas de oro* y *Los hechos de Zacarías*, la concreción violenta e hiperbolizada de la experiencia esencial del desamparo. Los seres femeninos sufren la guerra y el hambre; para los seres masculinos es, por su parte, un acto inútil de posesión que los hunde en la soledad pero también, en la crueldad. La sexualidad sin amor es gimnasia y crueldad y estos seres solitarios la viven como tales. La sexualidad cuando se hunde en las formas más abyectas de la perversión, y en esa forma absoluta de la perversión que es el incesto, hace de la soledad un infierno sin regreso. Así lo veremos en el matrimonio de hermanos de *Pedro Páramo*; así en la maldición de la estirpe Buendía; así en los personajes de Arenales de *Los Hechos de Zacarías*, pueblo fundado, como Macondo, en la mancha insalvable del incesto. Citemos la novela:

Timoleón Morón, llamado también Wenceslao, tuvo a Magdalena, y la crió y cuando tuvo edad propia la hizo su mujer; y en Magdalena tuvo a María de Jesús con quien vivió y era su nieta; en María de Jesús tuvo a Isabel, la tercera generación, con cuya vida ya no tuvo hija porque llegó él a la edad imposible de engendrar. Así se pobló el pueblo de Arenales.

La sexualidad, que tiene el personaje múltiple y demoníaco del salvaje su objetividad, su fantasmagoría y su mitificación, es la mas recurrente expresión de lo abyecto que se pone en escena en este díptico novelesco y que en la primera de las novelas se les llama "las tripas de la ciudad". Abyección vista desde lo festivo de un discurso que se abre en meandros narrativos, en una diseminación de historias que alcanza a ratos el vértigo, y que tienen siempre como nudo, como centro de cohesión, el personaje narrador: los contadores de historias y, manera espacial, en la última novela, como Tí Noel en el *Reino de este mundo* de alejo Carpentier, atraviesa el relato como el hilo de oro que lo hace uno en el seno mismo de su vértigo proliferante.

Y si Francisco es el testigo narrador que, escribiéndole a su madre, o su propio diario, se convierte en el escritor de la novela; y si Zacarías en la resonancia festiva del libro bíblico, está allí para reordenar el mundo, para ser testigo y actor, el gran componedor, para dar fe de la pequeña épica cotidiana; si ambos, en un despliegue de la escena de lo fantástico tematizan la omnisciencia del narrador y son capaces de volar y ser testigos, como don Coifás llevado por el diablo cojuelo, de todas las intimidades y actos velados por el poder moral, convirtiéndose en la metáfora misma de la visión del escritor, las mujeres por su parte toman la escena de estas novelas y se convierten en las más perfecta personificación del ansia y de la herida, de la derrota de mujeres. Allí está María Coronado que tuvo doce hombres que llegaron sólo para preñarla de sus doce hijos.

Allí esta Teresa Querales poseída por el Salvaje. Allí están Sebastiana Saavedra, camino hacia el pozo el encantado: allí está sobre todo La Niña chita, a mi juicio uno de los mejores personajes de Morón herida por las fuerzas contrarias de su cuerpo deseado y deseante y las rejas de una rigurosa decencia, que es deseada desde la abyección por José el mudo, que desea en el imposible a Antonio Gallo, el Gallo de Espuelas de Oro, y que es asumida en una sexualidad que es la muerte, víctima de quien la despoja, el Teniente Vizcaya. En el trágico destino de Niña Chita, se pone en evidencia una de las intencionalidades de este díptico novelesco: el cuestionamiento irónico de un poder, político y religioso, que tienen la característica de lo masculino y del despojo.

Con la lámpara de la ironía asistimos a la revelación del mundo ante la perplejidad de la infancia y en el universo perfecto de los juegos infantiles; también asistimos al eco de la Historia, la de las guerras de la Independencia y de la Federación, de generales y presidentes, Historia que corre como un río rumoroso paralelo a las pequeñas vidas de la escena del relato.

Con la lámpara de la ironía asistimos a la metamorfosis de un bestiario referido desde Ciertos animales criollos, a las fuentes más remotas de la cultura; asistimos una vez más a la historia de los seres imaginarios iniciada por Jorge Luis Borges, con sus basiliscos y serpientes monstruosas, asistimos a una poética de la alegorización de las formas de explotación de muchas vertientes de la historia de la formas de explotación de muchas vertientes de la historia de nuestro país ; por la ironía desbordada en el humor y en la parodia asistimos al retrato de una sociedad divina entre ricos y pobres, entre godos y hambrientos, donde se prueba por ejemplo, que el verbo comer es irregular, pues “yo como mal Jelitzza lo que tiene son lombrices , quien la va a mirar, y ellos no comen”. En ese imaginario de lo colectivo abre el arco de la paradoja – que es también irreductible esperanza de todos los pueblos que viven desgarrados por la imposición del despojo -: Paradoja de la riqueza de la imaginación desbordada desde la extrema pobreza. Francisco, por ejemplo, En el Gallo de las espuelas de oro hace brotar , desde su carencia material, el mundo invencible de lo imaginario. Podríamos decir que aquí estamos de nuevo ante la pobreza irradiante invocada por José Martí y poetizada por José Lezama Lima: el poder de lo colectivo enfrentado a la depredación del poder, en esa forma deslumbrante de la libertad que es el territorio de lo imaginario, verdadero manantial, inagotable e inasible, sembrado en el desierto mismo que la injusticia deja a su paso; manantial donde van a beber los creadores de todas las estirpes y donde la condición humana renace, desnuda y sin mascara. En el viaje que Francisco y Zacarías realizan por las aguas del lenguaje se inscriben los hechos de Guillermo Morón.

A. T.